

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:

RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 ets. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:

TODOS LOS SUSCRIPTORES

NÚM. 560.

MURCIA 20 DE ENERO DE 1901

La Juventud Literaria

CASOS Y COSAS

Refiere un periódico que en el hospital de Sevilla hay un hombre que tiene 108 años.

Y á propósito de esto hace notar que el centenar lo ha conocido los reinados siguientes: Carlos IV, José Bonaparte, Fernando VII, la Regencia de doña María Cristina, D.^a Isabel II, Gobierno de la Revolución de Septiembre, Gobierno provisional, la República, D. Alfonso XII y D. Alfonso XIII.

Apesar de lo cual, vive aún el hombre, aunque después de todos esos reinados ha dado en el hospital con sus huesos.

¡Hay naturalezas de hierro!

Dice «El Nacional» que en Hervás ha dado á luz una mujer dos niñas, una de las cuales tiene dos lenguas.

Y el expresado periódico cita el caso como cosa rara, cuando á mi juicio no tiene nada de particular.

Yo conozco á muchas mujeres que tienen dos lenguas.

O por lo menos parece. Por lo que hablan.

Días pasados fué robada en Madrid la capa á un poeta.

El ofendido, tan pronto como notó la falta de la prenda, lanzó una joda! más ó menos macho y dió parte á la policía.

La cuál «rara avis» encontró la capa sustraída en una casa de préstamos de la calle de Embajadores.

Suponemos cual será la primera providencia que habrá tomado el juez encargado de esta causa. Celebrar un careo entre el prestamista y el dueño de la capa.

Porque siendo este poeta, no sería difícil que la hubiera empeñado él mismo.



PIPI

Tenia los ojos negros y redondos como dos cuentecillas de azabache; la cabeza pequeña, con un moñito de color anaranjado; las alas casi blancas, como la cola, y el cuerpo de un amarillo pálido, sobre el que destacaban en la abultada pechuga unas cuantas plumillas negras.

Era feliz: todo lo feliz que puede ser un pájaro prisionero. En su jaula dorada no faltaban nunca los cañamones y el sabroso alpiste, hojas de rizada escarola ó de lechuga fresca, y algun te roncillo de azúcar.

La dueña de «Pipi» era una linda jóven de quince años, rubia como los trigos, y con los ojos azules como turquesas.

Cuando se acercaba á la jaula del pajarito, llamando «Pipi», éste aléteaba, esponjando el dorado plumaje, y la saludaba con sus gorjeos más sonoros.

Si ella hubiese comprendido el idioma musical de las aves, habria dado gracias al canario que le decia siempre:—Amita mia, te quiero, te quiero, te quiero.

Ella, aún sin entenderla, pagaba sus pios amorosos con caricias y halagos, y por entre los alambres de la prision, introducía un dedito sonrosado, que el pájaro picoteaba suavemente.

La habitación de cuyo techo artesonado pendía la jaula de «Pipi», era un precioso camarín con ancho mirador, por donde entraban con la luz del día, los aromas del jardín vecino. El prisionero al ver como cruzaban por el aire los pájaros libres, no los envidiaba. Con el cariño de su dueña tenia él bastante para ser dichoso.

Pero un día, cuando le despertó el resplandor alegre de la aurora, «Pipi», que gorjeaba saludando al sol, quedó mudo de terror y de sorpresa. Frente á su jaula, pendiendo del mismo techo, habia una exactamente igual á la suya, y entre los alambres dorados otro canario que le miraba de hito en hito.

Su sorpresa cambió en asombro al ver que el nuevo huésped del canario se acercaba á los alambres para contemplarle con tanta fijeza como él le miraba, y al observar que imitaba sus movimientos, saltando de las cañas al bebedero y desde este al piso de la jaula. Trinó el desventurado «Pipi», con dolorosa angustia; y el otro pajarillo trinó al mismo tiempo, confundíndose los dos cantos en uno solo.

—Mi amada no me quiere—gorjeaba «Pipi» mirando con tristeza al intruso;—por lo que veo, le cuida tanto como á mí. Tan linda es su jaula como la mia, y, como en esta puso ella, para recreo de mi rival, cañamones partidos y alpiste menudo y terrones de azúcar. Acaso le dé tambien para que lo pique en su dedito de color de rosa. ¡Yo no puedo ver eso, no puedo!

Cuando su dueña entró, como todos los días, llamándole «Pipi», lloró mucho viéndole inerte y frio en el fondo de la jaula, pero no supo nunca la causa de su muerte.

Un espejo colocado en el camarín mientras «Pipi» dormia, le hizo creer, reproduciendo fielmente su

imágen, en la existencia de otro pajarito tan dichoso como él.

Lo mató, la envidia, que finje la felicidad donde no existe.

M. RAMON CARRION.



Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Suplicamos á nuestros suscriptores de fuera de la localidad, que se hallen en descubierto con la administración de este semanario, se sirvan abonar á la misma el importe de lo que adeudan, pues de no hacerlo así nos veremos obligados á suspenderles el envío del periódico y á tomar otras medidas que no estamos acostumbrados á emplear; pero que en el caso presente y para muchos de los morosos, nos veremos en la necesidad de tener que apelar á ellas.



IMAS CERCAI

Aproxímate más... mas todavía, que sienta yo el calor de esa mirada que inunda de placer el alma mía cuando miras feliz y enamorada.

Que en el mío resuenen los latidos, que da tu corazón tierno sin tasa, y nuestros pechos de dulzura henchidos que gocen del amor que nos abrasa.

Que el aire que respiras yo respire; que tus sonrisas de angel yo reciba; que en tus divinos ojos yo me mire; que goce, que disfrute... en fin, que viva.

No te separes, no; que así cerquita mi amor se enciende con tu amor violento; mi pecho con placer mayor se agita... soy feliz; soy dichoso; estoy contento.

ALEJANDRO DE LUJAN.

